

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / DICIEMBRE DE 1979

S U M A R I O

América Latina en el umbral de los años ochenta. <i>Enrique V. Iglesias</i>	7
La internacionalización de la economía mundial y la periferia. Significados y consecuencias. <i>Aníbal Pinto</i>	47
Los bancos comerciales y el desarrollo de la periferia: congruencia y conflicto <i>Robert Devlin</i>	71
Exportaciones e industrialización en un modelo ortodoxo: Chile, 1973-1978. <i>Ricardo Ffrench-Davis</i>	99
José Medina Echavarría: Un perfil intelectual <i>Adolfo Gurrieri</i>	119
Notas y comentarios: Dos exposiciones en la Paz: / <i>Raúl Prebisch y Gabriel Valdés.</i> Dos exposiciones en el Curso sobre Planificación Social (ILPES, CEPAL, UNICEF): <i>Jorge Méndez y Carlos Martínez Sotomayor.</i>	175
Algunas publicaciones de la CEPAL	189

Notas y Comentarios

Dos exposiciones en La Paz: Raúl Prebisch y Gabriel Valdés*

Exposición de Raúl Prebisch

No puedo sustraerme a la incontenible dinámica de Enrique Iglesias. Me puso a dirigir su *Revista*, me invita a seminarios, y ahora me trae a esta reunión donde tengo el honor de hablar a ustedes.

La verdad es que todo esto me complace sobremanera. Y se lo agradezco a Enrique Iglesias, pues no me hubiera resignado a alejarme en algún rincón crepuscular dejándome cubrir por el polvo de los tiempos.

No podría hacerlo todavía, porque están ocurriendo cambios de gran significación que me esfuerzo por interpretar y extraer de ellos enseñanzas orientadoras.

Me pregunto si no estamos llegando al fin de una época, durante la cual se concibieron ilusiones que ahora se están desvaneciendo; tres de ellas quisiera comentar en esta oportunidad:

— la ilusión de que en estas tierras periféricas podríamos desarrollarnos a imagen y semejanza de los grandes centros industriales;

— la ilusión del ordenamiento monetario de Bretton Woods; y

— la ilusión del supremo papel regulador de las fuerzas del mercado.

El impresionante progreso técnico de los centros ha impulsado la primera ilusión. Pero la técnica también tiene exigencias ineluctables; trae consigo, y en buena hora, una productividad cada vez mayor. Sin embargo, para que la técnica pueda penetrar con profundidad en la estructura social, es indispensable que una parte considerable del fruto de esa productividad creciente se dedique a elevar intensamente la acumulación de capital reproductivo, tanto en formación humana como en bienes físicos. He aquí la primera exigencia, que por cierto no estamos cumpliendo satisfactoriamente en América Latina.

La segunda: que esa productividad sea genuina, que no se obtenga a expensas del medio ambiente y de la explotación irracional de recursos naturales agotables. Es obvio que tampoco la estamos cumpliendo en la medida aconsejable.

Quisiera detenerme brevemente en la acumulación de capital. Nuestros países ya han demostrado una aptitud notoria para adoptar nuevas técnicas sin las cuales no hubiera sido posible alcanzar ritmos extraordinarios de desarrollo. Pero hemos estado malogrando gran parte del potencial de acumulación de capital que ese fruto de la creciente productividad lleva aparejado.

Se está malogrando en la sociedad privilegiada de

consumo y a través de ciertas formas de succión de los ingresos periféricos, donde se manifiesta la hegemonía de los centros industriales y su superioridad técnica y económica.

La sociedad de consumo se basa sobre las grandes disparidades sociales del desarrollo. El fruto del progreso técnico se concentra especialmente en los estratos superiores de la estructura social. Y allí se imitan de más en más, casi diría frenéticamente en algunos casos, las formas de existencia de los centros. Estas extralimitaciones del consumo privilegiado no permiten acumular, en la medida en que pudiera y fuera indispensable acumular, para absorber con creciente productividad y mejores ingresos las grandes masas de la población rezagadas en el fondo de la estructura social. Fenómeno obstinado del desarrollo del cual nos ha hablado con patética elocuencia el Secretario Ejecutivo.

No nos engañemos. Por mucho que se nos diga ahora desde el hemisferio norte, y a veces con sorprendente simplismo, que hay que desarraigar la pobreza, no podremos atacar a fondo este problema sin enfrentarnos resueltamente con la sociedad privilegiada de consumo. El desenvolvimiento de ésta es incompatible, absolutamente irreconciliable, con la integración social de los estratos inferiores de la estructura social.

La sociedad privilegiada de consumo es clara consecuencia del designio de desarrollarse a imagen y semejanza de los centros. Sí, hemos logrado hacerlo, y a veces con gran vigor, pero el desarrollo se ha circunscrito a un ámbito social limitado. Es un desarrollo socialmente excluyente. Y además sobrevienen con el andar del tiempo fenómenos conflictivos que impulsan la espiral inflacionaria cuando avanza sin mayores restricciones el proceso de democratización. Trátase de una inflación que escapa a las recetas monetarias convencionales.

Tal es el desenlace de este capitalismo que, en su afán de imitación, dista mucho de ser austero. Ni austero, ni auténtico. ¡Ni tampoco autónomo!

Sucede que los centros están estrechamente vinculados a la sociedad privilegiada de consumo, sobre todo a través de sus empresas transnacionales. Apuestan a favor de este tipo de desarrollo. Y a la vez que exaltan la sociedad de consumo se lamentan con frecuencia de la iniquidad social de ese desarrollo.

Los centros son realmente incongruentes, pues se resisten tenazmente a medidas de cooperación comercial y financiera que favorezcan ese tipo de desarrollo y atenúen la vulnerabilidad exterior. Medidas que, con ciertas adaptaciones también podrían ser muy eficaces en la transformación del sistema.

Comprendo que en las circunstancias críticas por las cuales atraviesan, los centros se desentiendan de la perife-

*Exposiciones realizadas durante el XVIII Período de Sesiones de la CEPAL, La Paz, abril de 1979. R. Prebisch es Director de la *Revista de la CEPAL* y G. Valdés es Director Regional del PNUD.

ría; pero tampoco se interesaron a fondo por sus problemas durante los largos años de bonanza que preceden a 1973.

Vamos así en la periferia a la deriva de los acontecimientos, sin decidimos a atacar resueltamente los grandes problemas del desarrollo. No creo que los centros cambien fundamentalmente de actitud, mientras no se sobrepongan a sus grandes trastornos presentes. ¿Qué hacer entonces?

Mucho y muy importante resta por hacer. ¡Convéznase la periferia de sus grandes posibilidades de acción propia! ¡Convéznase del enorme potencial de acumulación que tiene dentro de sí misma si se resuelve a contener la sociedad privilegiada de consumo! ¡Convéznase de que tiene ingentes posibilidades de intercambio recíproco para contrarrestar tendencias inveteradas de desequilibrio exterior, las que vuelven a reaparecer por el receso de los centros y el encarecimiento del petróleo!

Trátase de posibilidades que deben aprovecharse con toda decisión, pues por mucho que se restablezca la dinámica de los centros, no podríamos pensar que sería posible descargar sobre ellos todas las exportaciones industriales que requiere ineludiblemente nuestro desarrollo.

Por supuesto que no me encuentro entre quienes preconizan desligarse de los centros (*delinking*). Todo lo contrario; sólo estoy poniendo un fuerte acento sobre las propias responsabilidades de nuestros países. Lejos de prescindir de aquéllos, considero que a pesar de los problemas perentorios que dominan la atención del norte y del sur, podríamos ir articulando una estrategia común para resolver el gran problema común del desarrollo.

Acaso el resultado más positivo de tres décadas de discusión internacional haya sido el reconocimiento de que el desarrollo es un problema común. Pero no supimos concertar esa estrategia común, una estrategia de medidas convergentes de países en desarrollo y países desarrollados capitalistas y socialistas.

Una estrategia común en que los centros liberalizarían progresivamente sus importaciones provenientes de los países periféricos en convergencia con medidas de liberalización del intercambio recíproco entre países de la periferia.

Una estrategia común en que amplios compromisos de cooperación financiera de los centros debieran conjugarse con compromisos de movilización de recursos internos de nuestros países; y todo ello para transformar, transformar a fondo, acaso, el tipo de desarrollo a imagen y semejanza de los centros.

Ni en éste, ni en otros aspectos, me estoy alejando de la concepción del Nuevo Orden Económico Internacional. ¡Soy el último que pudiera hacerlo! Sólo estoy preconizando una conjunción de esfuerzos que se realizarían progresivamente, pero con objetivos concertados desde ahora; esfuerzos que requieren combinar la voluntad política de los centros y la voluntad política de la periferia.

Tampoco creo que los trastornos monetarios presentes debieran hacernos postergar la concertación de esta estrategia global. No olvidemos que en plena guerra mundial se concibieron importantes medidas para reordenar la economía del mundo.

Entre esas medidas están los acuerdos de Bretton Woods, que cumplieron su papel en una época que ahora se está liquidando. Y esto nos lleva a la segunda desilu-

sión. Seamos ecuanímenes con quienes idearon el nuevo sistema. No se concibe en verdad ningún sistema monetario internacional si uno de los países miembros tiene la posibilidad de alentar una inflación internacional.

Estamos presenciando con ansiedad y esperanza el tenaz esfuerzo del Presidente Carter por corregir el déficit fiscal que es el factor más importante en este proceso, al que se agrega el encarecimiento del petróleo. Está tratando de cerrar el grifo de donde ha salido una extraordinaria liquidez internacional, recibida primero con beneplácito por todo el mundo, y después con preocupación cada vez mayor por los graves trastornos que la acompañan. Mientras no se elimine el origen de estos trastornos, es comprensible la renuencia de países con importante superávit exterior a expandir su economía; ¡la renuencia a regar un campo inundado!

Se comprende muy bien, diría, pero lamentablemente, que cuando se pretende corregir con una política monetaria restrictiva las consecuencias internas de una inflación de origen fiscal o las consecuencias que ella ocasiona en otros países, el receso económico sea inevitable, un receso con una ingente pérdida de ingresos.

Atacar el origen fiscal de la inflación mundial es, pues, indispensable, aunque no suficiente para desenvolver una clara política expansiva tanto en provecho de los centros como de la periferia.

Todo ello despejará también el camino para un nuevo régimen monetario internacional que ya no podría basarse en la moneda de un solo país, sobre todo si ella tiene una fuerte gravitación internacional.

Es evidente el interés de la periferia en la solución de este problema. El interés en un sistema monetario sano donde la creación cautelosa de dinero internacional, en estricta relación a las necesidades del intercambio, pueda vincularse al financiamiento del desarrollo. Este vínculo fue rechazado por los centros —con algunas excepciones— porque resultaría inflacionario. Trágica ironía de los acontecimientos: ¡no hubo vínculo pero sí hubo inflación!

Voy a referirme, finalmente, a aquella otra ilusión que se está desvaneciendo: la del papel regulador de las fuerzas del mercado. Ya nadie cree en la eficacia espontánea de estas fuerzas cuando se trata de corregir los efectos adversos de la técnica ambivalente; pero se sigue creyendo en la eficacia de esas fuerzas en el desarrollo interno.

Me apresuro a declarar que las fuerzas del mercado tienen una gran importancia económica y también política. Pero para que funcionen bien es necesario corregir las consecuencias adversas de la penetración de la técnica y otros fenómenos de propagación de los centros en una estructura social periférica fundamentalmente diferente de la de aquéllos. Hay que establecer una gran diferencia entre el mercado y la estructura que está detrás del mercado, y las relaciones de poder que de ella se desprenden y que tanto influyen en la desigual distribución del ingreso y la acumulación tan insuficiente de capital. No vacilo en afirmar que con una disciplina de acumulación y de distribución el mercado podría volverse muy eficaz como mecanismo técnico.

Análogas consideraciones podría formular acerca de las grandes diferencias estructurales entre los centros y la periferia que perturban asimismo el desenvolvimiento de

las fuerzas del mercado en el plano internacional. Pero sólo quisiera mencionar un caso importante, el de los productos básicos. Mientras se discutían los planes de estabilización en la reunión de UNCTAD, en Nairobi, el Dr. Kissinger lanzó inesperadamente su proposición sobre un banco de recursos naturales. Me inclinaba a ver en su actitud un síntoma de cambio de política, o, si se quiere, de reconocimiento de la necesidad de medidas convergentes: estimular la producción y asegurar el abastecimiento regular de los centros, por un lado, y ofrecer, por otro, a la periferia bases provechosas y estables para desenvolver sus actividades. Dicho en otros términos, condicionar previsoramente las fuerzas del mercado. Poco tiempo después, alejado ya del Departamento de Estado, el mismo Dr. Kissinger declaraba ante hombres de negocios de los Estados Unidos que lo que se proponía era conseguir a bajos precios, para los centros, productos básicos de la periferia. ¡Y todavía hay quienes niegan que bajo el imperio de las leyes del mercado la periferia no está expuesta a trasladar a los centros el fruto de su progreso técnico!

Todo esto tendría que integrar esa estrategia mundial, esa estrategia de comunes responsabilidades y recíprocos compromisos a la que antes me referí. No se trata de una fórmula, sino de un cambio fundamental de actitudes de los centros y de los países periféricos. ¡Unos y otros están malogrando la promesa imponderable de la técnica! Estamos volando a ras del suelo; debemos elevar resueltamente el vuelo para abarcar con dilatada perspectiva esa gran promesa de la técnica, la de extender el bienestar humano a las grandes masas que siguen confinadas en el fondo de la estructura social.

Una promesa que antes jamás se había dado en el desenvolvimiento de la humanidad. Hoy se ha vuelto realizable. Está al alcance de nuestras propias manos si logramos entrelazarlas en una aventura común; en una aventura prodigiosa en favor del bienestar humano, y también, no cabe olvidarlo en estos tiempos, una aventura de dignidad humana.

Exposición de Gabriel Valdés

Me es muy grato traer a esta Decimotava Sesión de la Comisión Económica para América Latina los más cordiales saludos del Administrador del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, junto con sus votos por el éxito de sus deliberaciones.

Deseo, en primer término, expresar con gran satisfacción que el perfeccionamiento y la expansión de nuestra colaboración con CEPAL han continuado durante estos dos años, alcanzando lo que considero un nivel ejemplar en las relaciones entre dos instituciones del Sistema de Naciones Unidas. Así fue posible, por una parte, atender los requerimientos que los propios países expresaron durante la sesión de la Comisión celebrada en la Ciudad de Guatemala y, por otra, beneficiarnos de esa cooperación mediante nuestro permanente intercambio de conocimiento y experiencias.

Desde la última sesión de la Comisión, según sus recomendaciones, se logró un pleno acuerdo para la participación del PNUD en el financiamiento de la nueva estructura del Instituto Latinoamericano de Planificación

Económica y Social (ILPES), que inicia así una nueva y promisoriosa etapa de actividades bajo la dirección del distinguido economista Jorge Méndez. Nuestra colaboración con CEPAL se ha acrecentado. Durante 1979 el PNUD aportará más de US\$ 2.500.000 para proyectos regionales solicitados por los países miembros y ejecutados por la Comisión. Estas actividades se realizan en diferentes campos, aparte de los propios del ILPES como son, por ejemplo, los relacionados con las implicaciones que para América Latina tiene la situación del sistema monetario y financiero internacional, la pobreza crítica en América Latina, el comercio con países socialistas, la situación y perspectivas de la producción y necesidades de bienes de capital, educación y desarrollo en la región, la creación tecnológica en el sector industrial. Varias de estas actividades se desarrollan también en estrecha colaboración con otras agencias del sistema de Naciones Unidas. Conviene asimismo mencionar que pronto iniciaremos actividades relacionadas con el sector rural que merecerá una especial atención.

En el proceso de reestructuración del sistema de Naciones Unidas, la Asamblea General acordó una activa participación de las Comisiones Regionales en el establecimiento de las prioridades para la asignación de los recursos regionales del PNUD. Puedo expresar con satisfacción que, tanto la programación del primer ciclo 1971 a 1976, como la del segundo de 1977 a 1981, se hizo tomando particularmente en cuenta los criterios expresados en las sucesivas sesiones de la Comisión Regional y otros órganos intergubernamentales, al mismo tiempo que con las agencias especializadas en lo referente a la definición de campos específicos. Nos preparamos ahora para cumplir, en la mejor forma posible, esta decisión de la Asamblea para el próximo ciclo.

Aguardamos con gran interés las resoluciones que se adopten, para conocer los criterios prioritarios de los gobiernos en el campo de la cooperación internacional.

El informe presentado a esta reunión y la brillante y comprensiva exposición del Secretario Ejecutivo, Sr. Enrique Iglesias, han puesto de manifiesto la situación económica de la región en términos precisos y con perspectivas que inducen a un debate amplio y fecundo. Es ésta una función esencial de las Comisiones Regionales dentro del sistema de Naciones Unidas. Con independencia intelectual y realismo crítico están llamadas a señalar las situaciones positivas y negativas que ofrece el desarrollo, y a cotejar la adecuación o el distanciamiento evidenciados entre los mandatos y resoluciones emanadas de las Asambleas y Conferencias Internacionales y los actos concretos y las realidades de los países; sugiriendo así líneas de acción que conduzcan a consolidar la paz, a través de un nuevo orden internacional más justo y estable, a resolver los problemas generales que afectan a la región y contribuyan a aumentar la cooperación intra y extra regional. Desde la perspectiva de la cooperación internacional y de los grandes temas que conforman las preocupaciones de las Naciones Unidas, estimo apropiado exponer algunas reflexiones sobre ciertas tendencias observadas en la región durante la última década y su proyección hacia el futuro. Tres grandes líneas pueden observarse en esta proyección; y no ya como escenarios hipotéticos, sino como realidades inminentes si no se adoptan voluntaria y políticamente